

Núm. 29

30 cts.

¡Lubia! + ¡ilustraciones a color!

Flirt

LOLITA ASTOLFI

Apunte del natural, por

EMILIO REYES

PRENSA POPULAR

Calvo Asensio, 3. - Madrid,
- Apartado 8.008 -

SE PUBLICA LOS JUEVES

Madrid 24 de Agosto de 1922.
Año I. - Número 29.

GALERIA DE CARAS BONITAS

Para prestar un mayor atractivo a nuestras portadas, publicamos en ellas los retratos a todo color de

nuestras más bellas y populares artistas,

(actrices, tiples, cupletistas, bailarinas). Así, pues, la plana mayor de nuestras primeras beldades compondrán esta sin par galería femenina, que vendrá a sumarse a los innumerables encantos de la personalísima Revista **FLIRT**, la publicación mejor escrita, mejor ilustrada y más interesante de España.

Llevamos publicados los retratos de

La Yankee.—Pastora Imperio.—La Argentinita.—Ofelia de Aragón.—Teresita España.—Laura de Santelmo. Dora, «La Cordobesita».

PROHIBIDA LA REPRODUCCION DE TEXTO Y GRABADOS

No sostenemos correspondencia, ni abonamos otros trabajos, que aquellos que solicitemos, aunque se publiquen.



—¡Que viene la ola, Juanita!
—No te apures, que ya la hago frente.

Dibujo de GARRIDO.



CUENTO VIEJO

—¿Y y bien para ir a la Puerta del Sol?
—¿Que si va usted bien? ¡Va usted como para morderla!...

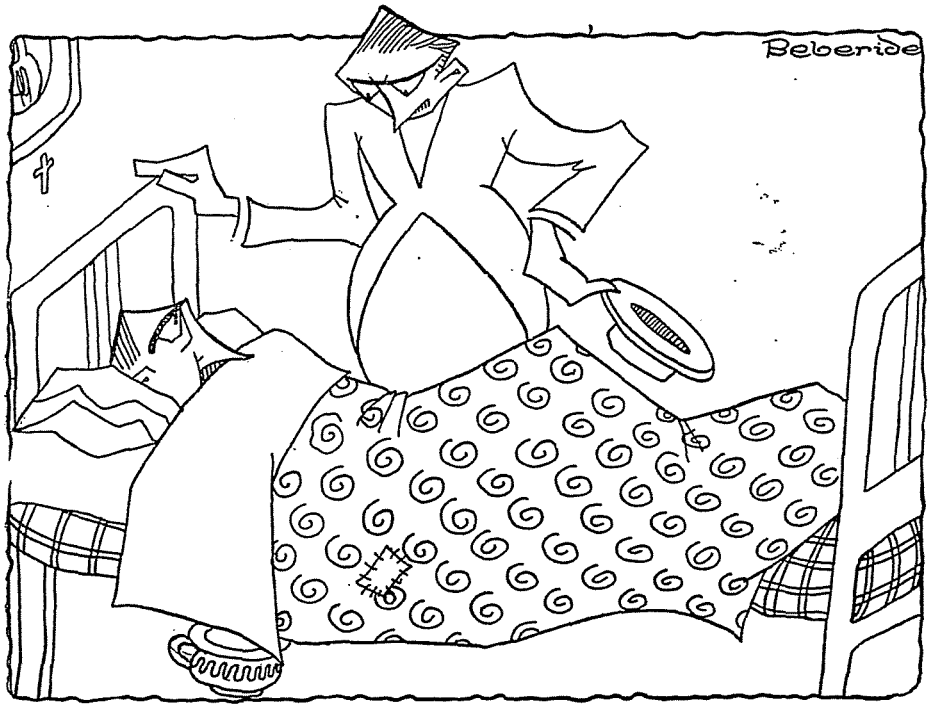
Dibujo de GARRIDO.

SUSCRIPCIÓN: MADRID Y PROVINCIAS, SEMESTRE 8 PESETAS.—AÑO 15 PESETAS

Agentes exclusivos para la venta de esta Revista en la República Argentina, SRES. MANZANERA Y CIA.—Independencia, 856.—BUENOS AIRES.—Precio del ejemplar en Buenos Aires: 20 centavos.

EN LA SIMA DEL PECADO, POR EMILIO CARRERE

(DRAMA MUDO)



—¿Te habrá salido muy cara la enfermedad?
—¡Tu verás!... Como que me ha costado un... riñón.

Dibujo de BEBERIDE.

Horacio Medina, el extraño aristócrata, enfermo de todos los satanismos y de todas las monstruosidades del pecado, se asomó a la hórrida callejuela inquietante que se abría como un pozo sin fondo, en la entraña de aquel barrio de prostíbulos y de tabernas. Sonaron las doce en una torre lejana. Otros relojes respondieron y pronto se expandió por el aire la melodía vagorosa de una orquesta de campanarios, como la voz conjurante de un espantoso aquelarre de espasmos inauditos y de crímenes sin nombre. El cielo era plomizo y una enorme luna roja vestía reflejos sangrientos en los charcos de la calle, temblorosamente iluminados por los reverberos. Era una sensación escalofriante de asesinato, como si por allí hubiera pasado un hombre desangrándose. En los quicios oscuros, algunos rostros muy pálidos, como carátulas de un amor de aberraciones y vesanias, cantaban lentas coplas de miseria, de lujuria y de hospital. La voz llenaba el callejón como un ahullido precito, esfumándose melancólicamente.

A la mujer de la vida
trátala con caridad,
que antes de ser de la vida
ha sido mujer «honrá».

Algunas sombras se trenzaban en los recodos como larvas gigantescas. En el principal de una casuca con rojas cortinillas, suena un piano de manubrio. Es una música muy lenta, apasionada y dramática. Brasas de cigarros brillan en la oscuridad, como ojos de gato. Las esfinges de la Noche y de la Lujuria, inmóviles en los quicios, sienten caer el lento dolor de las horas en el pozo del infinito.

Jirones de voces, ruidos confusos; el lento resbalar de los pies de los bailarines... Parejas muy abrazadas cruzan tras de las vidrieras, como sombras de una linterna mágica.

¿Qué busca Horacio Medina en aquella miserable callejа, entre la sombra maldita, donde todo es negro y el aire está envenenado por emanaciones de presidio y hálitos de hospital? El «dandy» lunático lo contempla todo a través de su monóculo. Sus pieles perfumadas dejan una suave estela, y sus joyas que lucen en el fondo turbio como diminutas constelaciones hacen brillar con fulgor de crimen las pupilas fatídicas que fulgen en las encrucijadas .. Se acerca a una sombra de mujer Hablan en voz muy baja de pactos tremendos e inconfesables. La hembra desgarra la noche con su risa plebeya y tableteante; da un silbido y surge un hombre con empaque de chulo. Sigue sonando, monótona, la música del organillo.

Horacio Medina saca su pitillera de oro con piedras preciosas. Enciende el chulo, enciende la sombra de mujer; al leve resplandor se ven los rostros pálidos, las ojeras cárdenas, las bocas mustias, retorcidas en un gesto doloroso y canalla. Voces roncas de alcohol y de lacras horribles.

Los bailarines llevan el compás pesadamente. La luna se oculta tras un tejado. Un perro vagabundo gulusmea en los aceibos repugnantes.

¿Qué palabras abominables han despertado aquel súbito estallido de pelea? Se oyen voces roncas, blasfemias, amenazas. Después, silencio...

El «dandy» mira la hora en su reloj magnífica alhaja con una corona ducal. Vacila. Hace un gesto equívoco. La sombra de mujer le atrae con sus garras de perfidia. El chulo se echa atrás con traidora elasticidad de felino. Como un relámpago brilla la hoja de un puñal, que va a hundirse en un costado de Horacio, el extraño buceador de los fondos cenagosos de la pasión. La música del organillo ahoga un grito.

Miran rápidamente a los lados. En lo alto de la calle suenan los sables de dos guardias que avanzan con lento andar. El chulo hace un gesto de mando y va a apoyarse con indiferencia en el muro de enfrente, llevando el compás de la música lenta, apasionada y dramática.

La sombra de mujer se abraza al cuerpo de Horacio, cuya masa muerta se desploma sobre ella, y comienza una danza absurda, descoyuntada sin ritmo, en un abrazo tremendo, como un baile lúgubre de espectros en el fondo turbio de un sueño de opio. Los guardias pasan junto a ellos y siguen su ronda lentamente. Una copla lejana se funde en la melancolía de la noche. La luna roja ha roto las nubes y vierte sus fulgores de sangre en los charcos pestilentes.

Cuando los guardias tuercen un recodo, la sombra de mujer suelta el cuerpo de Horacio que se desploma pesadamente sobre las baldosas. El chulo, cruza.

Una mano diestra despoja el cuerpo roto, descoyuntado, como un gigantesco polichinela El viento ulula sus siniestros ritornellos en las encrucijadas. El perro vagabundo levanta el hocico, husmeando la muerte y aulla a la luna roja de pesadilla.

Emilio Carrere

AVENTURAS DE UNA CRIADA PARA TODO, POR ALVARO RETANA

MENEGILDA, ROSA DE OTOÑO

Cuando una mujer cumple cuarenta años, puede decir que ha llegado el momento trágico de su vida. La que a esa edad no disfruta una posición clara, definida e independiente, advierte con espanto que la hora de la retirada ha sonado para ella. Y si se encuentra poderosa y amada por un hombre empieza a temer ser sustituída, sino radicalmente, por lo menos en parte. Ningún hombre es fiel a una esposa o a una amante de cuarenta años, ni tampoco se enamora ¡que locura pensarlo! de una mujer de esta edad.

Yo, al cumplir los ocho lustros reaccioné, efectuando una detenida revisión de mi pasado, meditando sobre el presente y apercibiéndome contra el porvenir. Mi vida había transcurrido tontamente, y con una rapidez cinematográfica había saltado de modesta niñera a «cocotte» de postín, atravesando por varias situaciones arbitrarias; pero de mis antiguos esplendores solo me quedaban veinte mil pesetas en metálico, cuatro trapos, unas alhajas y ni siquiera un mal amante que aliviase mis horas de soledad. Entonces pensé en lo útil que me hubiera sido un hijo para iluminar las sombras de mi otoño y las posibles negruras de mi vejez, y con terrible melancolía envidié a esas mujeres tan censuradas por mí, sometidas a la tiranía de un chulo adorado. Ellas poseían a un hombre a quien entregarse en cuerpo y alma, un compañero para indemnizarse de las horas de miseria moral que el destino las imponía; pero yo, ni siquiera poseía ese lenitivo, y me veía precisada a devorar en secreto la angustia de mi otoño.

De nada de cuanto había perpetrado en mi vida, me arrepentía, pues si algunas cosas me perjudicaron, como mi amistad con Minette, en cambio me depararon sensaciones inolvidables, y si volviera a nacer es muy posible que mi segunda existencia fuese una repetición de la primera. De lo que sí mostrábame sastifecha era de pensar que no había causado un mal a nadie. ¿Quién podría decir que había derramado por mi culpa una sola lágrima? Todo lo malo que yo había hecho me afectaba a mí exclusivamente. Así es que ningún remordimiento me importunaba. Había perdido cuarenta años de mi vida; pero podía ufanarme de no haber dejado tras de mí un recuerdo doloroso. Había sido loca, viciosa y frívola; pero no perversa. Dispuse de mi cuerpo y de cuanto me pertenecía; pero nada más. Justamente por no haber sido ambiciosa ni intrigante, llegaba a la cuarentena con cuatro cuartos y sin la compañía de un amante.

Sin embargo—pensé—aun no es tarde para cimentarme un porvenir.

Porque el espejo me aseguraba que yo era mujer aun sugestiva, educada y razonable y que no cabía perder la esperanza de una revancha.

—Tendría gracia—murmuraba yo—que a última hora cayese un primo que me retirase de la circulación.

Yo rezaba constantemente al Cristo de Limpias, que la devoción española había puesto en moda, para que no me desamparase en el ocaso de mi vida y con una irreverencia femenina y disculpable, impetraba su intercesión para el hallazgo de un amante en quien depositar el tesoro de mi ternura.

Yo había vivido del amor, desencadenando deseos y saciando anhelos voluptuosos; pero mi corazón había permanecido dormido hasta que ahora en el otoño despertaba sentimental, ansioso de latir por alguien que correspondiese a mi pasión.

Sin embargo, mi príncipe sin nombre no llamaba a las puertas de mi casa con la bocina de su auto y yo aceptaba angustiada los horrores del fracaso, renunciando a mis sueños de color de rosa. Todavía guapa y apetecible había de resignarme a un prudente retiro de la vida mundana para ceder el paso a las luchadoras jóvenes que, más afortunadas que yo, conquistarían una posición independiente y cegadora, o más desgraciadas, sucumbirían en las frías salas del hospital o el comedor de un prostíbulo.

¡Qué horror envejecer! ¡Sentir frío en el alma, verse afeada y triste y reconocerse impotente para combatir los estragos del tiempo que araña nuestras mejillas, apaga nuestros ojos, borra nuestra sonrisa y hace pesado nuestro cuerpo! No hay mayor suplicio para una mujer que ha sido hermosa y ha triunfado, que asistir al derrumbamiento lento e inevitable de su juventud, de su belleza y de sus ilusiones. Es un instante de angustia trágica ese en que aceptamos la tristeza del retiro y nos percatamos de la conveniencia de contener los colores y las hechuras de nuestros trajes y hasta transigimos con la invasión de las canas.

Las mujeres, en general, se resisten como fieras a envejecer, pero yo tuve miedo al ridículo y no realicé ninguna tentativa encaminada a resucitar mi adolescencia como hacen otras mujeres que cuando llegan al otoño de su vida se visten y se peinan como las tobilleras y cometen las mismas locuras que si acabasen de salir del colegio.

Tenía la satisfacción del deber cumplido y la seguridad de saber que si no tenía más, era por mi propia culpa, así que me confié enteramente al Santo Cristo de Limpias, rogándole que si le era imposible enviarme un amante que hiciese la felicidad de los últimos días de mi existencia, me quitase de en medio cuanto antes. Despues de todo, yo no contaba con afectos sinceros y carecía de familia, y si la vida no iba a tener alicientes para mí, no valía la pena de vivirla.

LA BELLEZA DE LAS ESPALDAS, POR CANSINOS-ASSENS

¡Oh, cómo fué largo, largo el paso de aquella mujer a causa de la belleza de su espalda! Cuando ella nos mostró su rostro, nuestro corazón apenas se extremció. Mas cuando hubo pasado, cuando desplegó a nuestos ojos la suntuosidad de su espalda, de su espalda maravillosa, opaca y larga como un yermo que se hinchase en súbitas colinas, su espalda que se adivinaba tan dulce, intacta y triste bajo la seda, temblamos como en la congoja de un adiós inacabable... Aquella súbita belleza, de una fugacidad irreparable, nos conmovió como una despedida amarga. Hubiéramos querido entonces retenerla con nuestras dos manos, hacernos ministros de su amplia belleza póstuma, rayar su pálida aridez con nuestros besos... Hubiésemos querido florecer aquellos henchidos montículos cubrirlos con tiernos ramos frescos, ornarlos como capiteles con nuestras testuces de corderos... Hubiéramos querido... El paso de la triste mujer se hizo largo en nuestra alma, y en el aire como si de sus hombros temidos hubiese pendido un largo, largo velo, como si su falda sencilla se hubiese alargado en una suntuosa cola antigua, como si el largo manto recamado de la noche siguiese, arrastrándose, su paso, hueco y rígido, despegado de la carne: y como si luceros celestes y gavillas de perlas, y un reguero de lágrimas tiernas fuesen marcando el tránsito de aquella fuga irreparable, abriendo de pronto esas fosforescencias que incendian los mares dormidos, haciendo eterna e imborrable su huella...

LA MUJER Y LOS POETAS

GALERIA DE VERSOS PLATONICOS Y EROTICOS

TU NOMBRE

(Para Rosarito Leonis.)

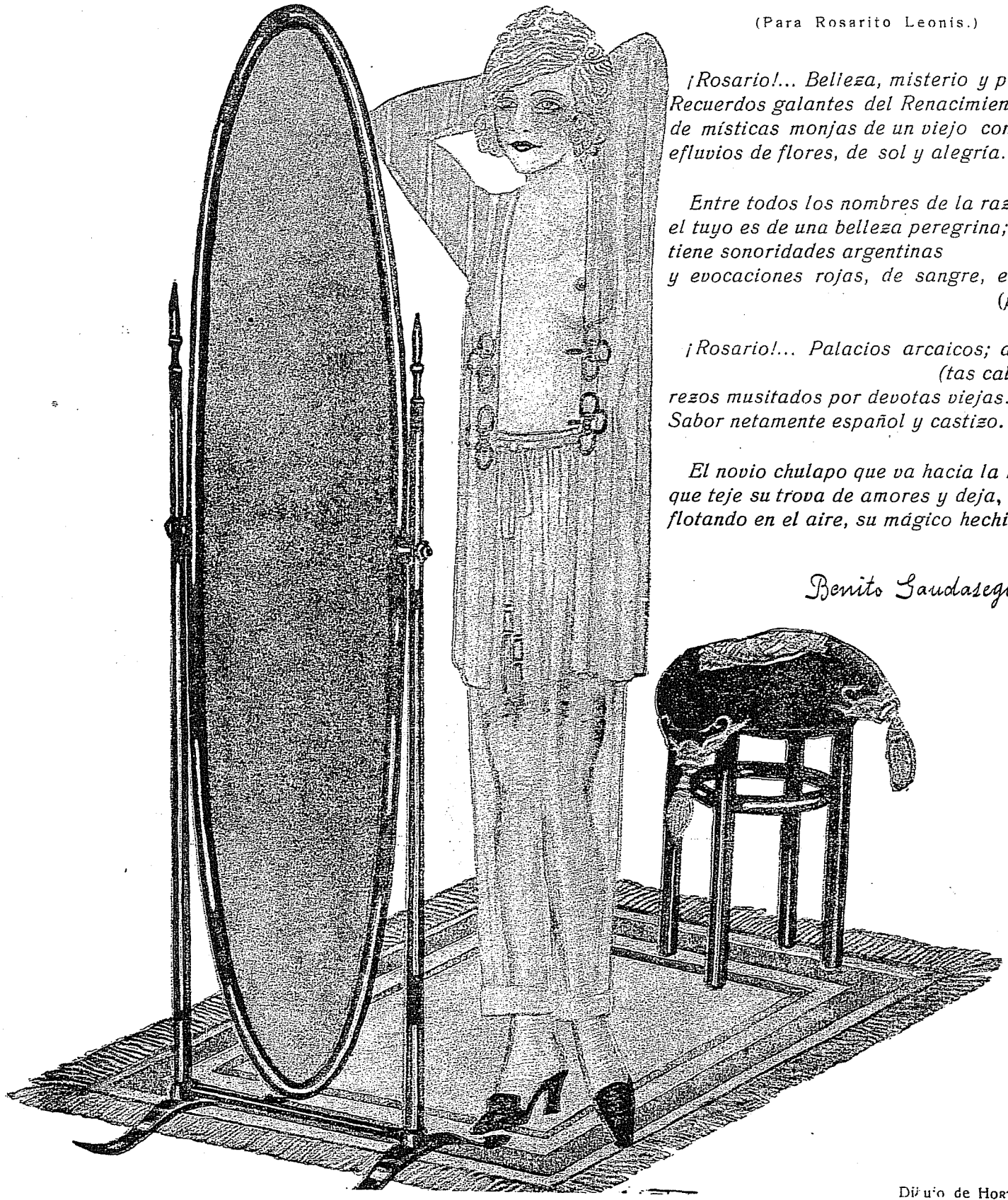
¡Rosario!... Belleza, misterio y poesía.
Recuerdos galantes del Renacimiento;
de místicas monjas de un viejo convento
efluvios de flores, de sol y alegría.

Entre todos los nombres de la raza,
el tuyo es de una belleza peregrina;
tiene sonoridades argentinas
y evocaciones rojas, de sangre, en una (plaza.

¡Rosario!... Palacios arcaicos; angos- (tas callejas;
rezos musitados por devotas viejas...
Sabor netamente español y castizo.

El novio chulapo que va hacia la reja,
que teje su trova de amores y deja,
flotando en el aire, su mágico hechizo.

Benito Gaudasegui



Dibujo de HORTELANO.

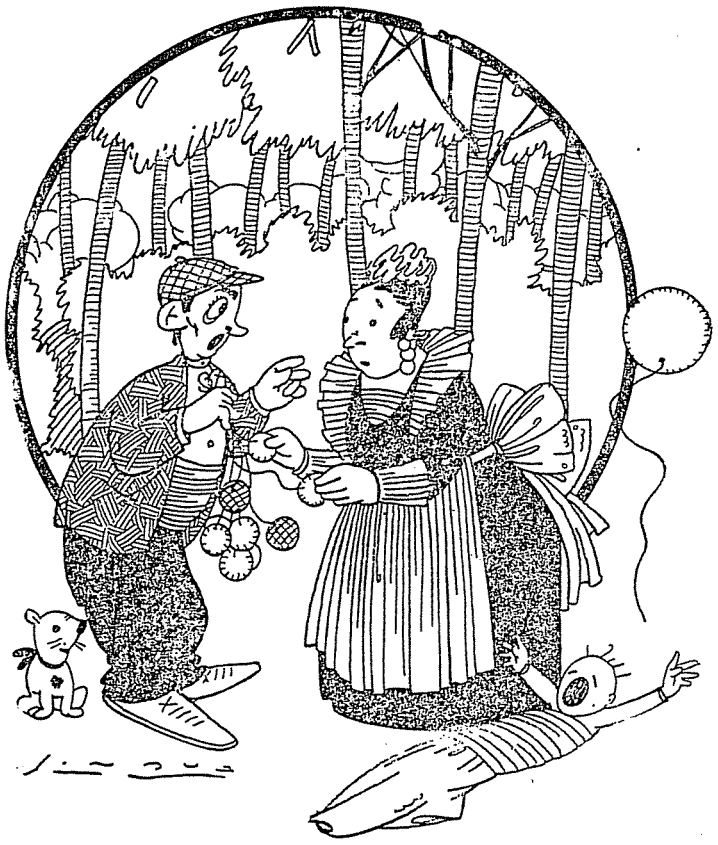
JOAQUIN BELDA

ENSEÑANZA SUPERIOR

La Edad Media, a la que los pedantes llaman el medioevo, fué en toda Europa una epoca gris de muchas guerras y de pocas paces. Son unos siglos que huelen un poco a ungüento de canutillo, a hierba seca y a habitaciones húmedas, por no entrar en ellas el sol. Pero a pesar de todo, no se crea por eso que el amor andaba allí a oscuras y como escondiéndose: nunca acaso fueron las costumbres tan libres, aunque no lo parecían, por estar muchas de esas pruebas de libertinaje sancionadas y reconocidas por las leyes. La hipocresía lograba que el vicio pareciera muchas veces virtud y cuando no lo parecía, no escandalizaba tanto como en esta nuestra repugnante época de pseudo progreso. Cosa es sabida de todos que en la Edad Media los curas podían tener barraganas públicamente—ahora no hemos suprimido más que lo de públicamente—y que eso de la barraganía para clérigos y seglares era cosa amparada por las leyes. El espíritu cristiano y devoto que entonces sobrenadaba en todo, daba al amor en aquellos tiempos un carácter de cosa discreta y como de sacristía, y si a eso se une la proverbial sordidez de los judíos, que ya por entonces se habían establecido en casi toda España, se comprenderá que el porvenir de la mujer amorosa no podía ser muy brillante. Como compensación, empezaron por entonces los Reyes y Soberanos a adoptar la sabia costumbre de tener favoritas de un modo fijo y de relativa permanencia. Ello daba lugar a líos diversos, a repudios de soberanas legítimas, a raptos de doncellas y a saltos de castillos para violar o ultrajar a la doncella o dama cuyo padre o marido había marchado a la guerra.

Pausa larga, poblada de interrogantes. Don Eleazar se acariciaba la barbilla y volvia a coger el hilo.

—Por entonces también hicieron su aparición aquellos entes tan divertidos que se llamaron los trovadores, a los cuales ahora resulta mucho más elegante llamar troveros En realidad, acaso no deba hablarse para nada de esos sujetos en una cátedra de «Lascivia comparada», porque, ¿han visto ustedes nada más antilascivo que ponerse al pie de la ventana de una mujer hermosa y entretenerse en tocar la bandurria o el laúd, para acompañamiento de unos versos llenos de ripios? Aquello, más que otra cosa, era un alarde de castidad. Y es que aquellos galanes trovadores eran unos andróginos insensibles. Es verdad que muchas veces, después de haber entonado su canción y de haber tocado el instrumento durante una hora, les echaban desde el ventanal una escala de seda—anticipación también de la escala Magyrus que hoy usan los bomberos—y trepaban por ella hasta colarse en el departamento de la amada: pero no había porqué alarmarse; aquello lo hacían para tocar más cerca. A esos pollos del laúd se les ha querido presentar como el arquetipo del amor medioeval; nótese que no hay razón alguna para ello. Mucho más prácticos, mucho más amorosos, y desde luego mucho más lascivos, son los modernos organilleros, tocadores de piano de manubrio, que en Italia y en algunas poblaciones de España dan sus conciertos al pie de los balcones y rejas de ciertas casas; ellos, después de tocar, tienden la gorra y reciben en ella el óbolo de las homenajeadas, y si alguna vez, no por una escala de seda, sino por la escalera de la casa, penetran en el domicilio de la mujer obsequiada, no es posible que lo hagan para tocar solamente, por cuanto que se han dejado el organillo en la calle... Y, sin embargo, a nadie se le ocurre presentarlos como a la más perfecta reencarnación del niño alado en nuestros dias.



—Vamos, señora, ¿compra usted alguna? Porque lleva dos horas tocándome las pelotas.

Dibujo de LINARE.

CRISTOBAL

ESTAMPAS

FUMADORAS

—¿Deben, o no, fumar las mujeres? ¿Es ordinario o elegante? ¿Bonito o feo?

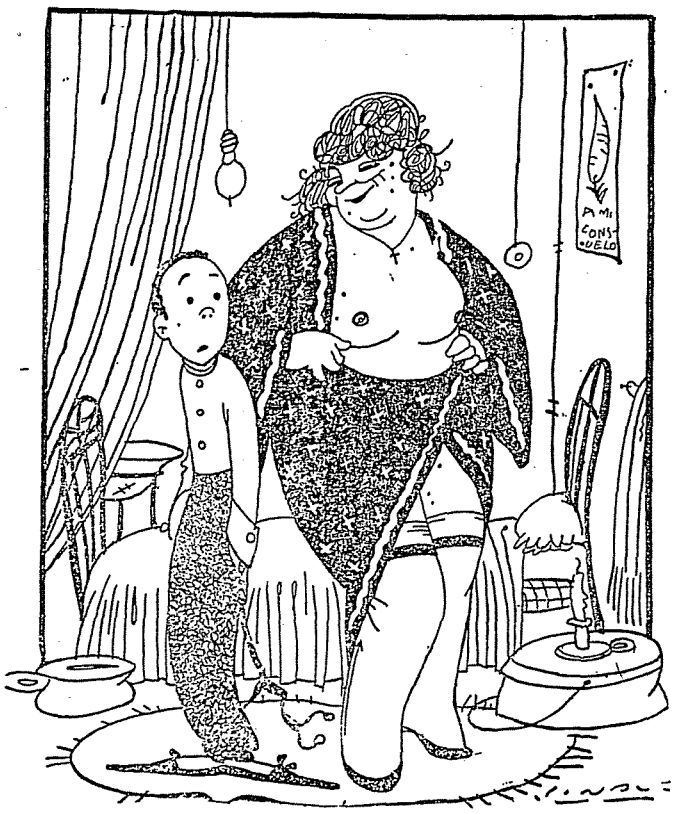
Todos los años, por los diarios extranjeros, rueda la pintoresca información. Y, en las respuestas publicadas, vemos que a unos les parece bien y a otros mal; que hay actriz que se fuma un par de «kedhives» al día y señora muy de su casa que despacha diariamente tres cajetillas; que unas fuman por vicio y otras porque lo creen de moda; que unas lo juzgan como el colmo de la elegancia y otras como el pináculo de la cursilería.

La mujer fuma por deleite o por pintureo. Por fumar o porque la vean fumar. En la que fuma por deleite, porque le gusta, su fumar hace el mismo efecto que el de un hombre que fumase vestido de mujer. Es decir, un efecto horrible. De ahí la invencible repugnancia que sentimos en ocasiones, viendo que una mujer se traga el humo, con voracidad de carretero. Entonces la mujer descuida sus gracias, sus delicadezas, sus encantos intrasmisibles e inalienables.

La mujer que fuma por vicio es una deplorable grima del sexo. Recordad a Herminia Lacerteux, de los Goncourt, y a la Maxlova, de Tolstoi, pobres flecos del suntuoso tapiz galante. Notad las voces roncas de las Afroditas de mantón, pegadas a la esquina, fumando.

En cambio, la mujer que fuma por coquetería, por adorno, porque la vean fumar, diríase que conjura en su torno todas las monerías, todas las gracias.

El acto de fumar es, para la mujer instintiva, graciosa y pérfida, la tribuna más elegante. Con la sola excepción del baño, nada hay que hechice tanto al hombre. Después de la bañista, la fumadora, que es por la variedad de sus «poses» y de sus encantos como una bañista vestida,



—No tengas cuidado, monín; yo sé ocultar muy bien las cosas.

Dibujo de LINAJE.

DE CASTRO

GALANTES

En el «hall», entre cascabeleras malicias públicas, o en el «budoir», entre finas y silenciosas intimidades, la que fuma porque la vean, por coquetear, maneja, con el cigarrillo, todas y cada una de sus seducciones. El fumar, para la mujer, es una revista de «poses». El desdén arrogante, la cabeza erguida, los labios como si soplasen hebras de humo muy azul, el cigarrillo entre las manos, rec én bruñidas como joyas, yendo desde el trofeo del peinado a la pomposidad del descote. ¿Carmen? ¿Naná?

Imaginemos otra estampa de fumadora ociosa, lánguida y terrib.e. Recostada en la hamaca del «bengalow» o del «'ngenio», entreabre felinamente los ojos en blanco, chupa golosa el cigarrillo, como un bombón. ¿La criolla sensual? ¿La lady intensamente sensualizada?..,

Entre estas dos «poses» extremas, se encierra, como entre un paréntesis, todo un museo de actitudes e intenciones. El cigarrillo es vara de Aarón que permite encantar a las serpientes del Deseo. Una mujer que fuma por coquetería y gala, es una domadora de hombres. Fumando, puede pasear y exhibir su compleja serie de gallardías, de cimbreos, de caras vueltas y miradas al soslayo. Fumando, puede estar sentada en toda su temible variedad de cruzar y descruzar piernas, de cerrar o abrir esos peligrosos silencios que se cierran o abren, según las piernas crúzanse o descrúzanse.

Fumando, puede recostarse en la mecedora, como en la hamaca, o en la «chaisse-lorgue», como en el lecho, dando ocasión a esos descuidos, tan cuidados, a esos abandonos, vigilados tan finamente por la mujer. Y siempre, el cigarrillo, al estirarse la falda, alisarse el cabello, arreglarse el descote, dará lindos motivos a la fumadora para feriar la vanidad de sus encantos.

DIEGO SAN JOSE

LA VIEJA ESPAÑA GALANTE

UN BUEN SIERVO DE DIOS

Esto que hoy heme topado en mi constante escarceo de viejos papeles, se ha de contar de la manera más discreta posible a fin de que no se espanten los espíritus mojigatos que creen al siglo de oro el siglo de la Fe y de las buenas costumbres, por la abundancia de religión.

Cierto religioso de la orden de San Agustín, llamado el P. Fray Juan Ordóñez, que había gran fama para ahuyentar al enemigo malo, fué requerido por cierta dama casada para que la sacara el diablo que llevaba embaulado a manera de criatura en embrión. Acudió muy luego su reverencia. porque la enferma era tan bizarra que valía la pena de andar con ella a hisopazos, y por hacer la expulsión más apretadamente, entróse en el campo vedado de las sábanas donde, con permiso de la Santa Madre Iglesia, no caben más de dos cuerpos.

Pero he aquí que los demonios eran sin duda muy tenaces y por la fatiga del trabajo, confesor y penitente quedáronse dormidos y estrechamente enlazados. Llegó a poco el maridillo que aunque borracho no tenía mal vino y como hallóse tanta ciencia teológica ocupando su puesto, dió la vuelta por la otra parte del lecho, y, sin hacer ruído ni hablar palabra, colocóse junto a su mujer.

A la mañana, una moza de servicio que estaba advertida para dejar la casa tan pronto como amaneciese, quiso tomar venganza por el despido y viendo a sus amos y al fraile en tan amorosa compañía, fuese a dar parte al Santo Oficio, conque vinieron sus paternidades y deshicieron el hojaldre.

Al frailecico encerráronle los de su orden en un calabozo que era medianero de un figón; mas conociendo su reverencia que no le esperaban las ollas de Egipto, humedeció las paredes de su cárcel con orines y escarbando luego con el garabato del candil, labró un agujero por donde cupo toda su reverenda persona. Embadurnóse la cara con tizne y echóse fuera buscando la ansiada libertad.

Los que había en el figón, como viéronle tan negro pensaron que era el mismo demonio y porque no se les echara encima dejáronle franca la puerta.

Al bien acomodado marido, que llamábase don Pedro de Rosales y a su «atormentada» esposa doña Francisca Enríquez, desterráronles de estos reinos, y ciertamente que no pudo castigárseles con otra pena si entrambos se mostraban tranquilos con su desvergüenza.

Todo el vecindario de la calle de la Encomienda, donde acaeció el endiablado suceso, estuvo por mucho tiempo harto regocijado.

Días después se supo que el perseguidor de los diablos en los cuerpos de las mujeres casadas, hizo su fin de fiesta en la carretera de Ciudad Real, conforme vamos para el reino de Andalucía.

Ello parece que fué que topó con un matrimonio, y viendo que la mujer era tan bizarra como la de marras, arrimósele para la expulsión de los demonios, interpúsose el marido, que no era de la misma pasta flora que el don Pedro de Rosales, y sacando una ballestilla acuchilló sin compasión al exorcizador y a la endemoniada a quien parece que habíasele antojado de perlas las proposiciones del taimado padre de la orden de San Agustín...

LECTURA PROHIBIDA, POR FEDERICO RIBAS



ELOGIOS ERÓTICOS, POR E. RAMIREZ ANGEL

DEL VIENTO LASCIVO

Salud, amigos Euro, Auster, Coro, Zéfiro, Septentrión, Africo, Aquilón y Solano, hijos del cielo y de la tierra; salud, amigos Tifeo, Astreo y Perceo, hijos de los dioses; salud, amigos Bóreas, Noto y Céfiro...

Cuismorrerías mitológicas aseguran que Eolo, el iracundo rey, os tiene encerrados en profundas cavernas. Detrás de la puerta de vuestra cárcel, dícese que bramáis coléricos, y que si el señor Eolo os soltara, saldríais violentamente dominados por destructora furia, y arrasaríais cuanto hallárais al paso, bosques, montañas, mares, constelaciones...

Menos mal que, según parece, el padre Júpiter os tiene a buen recaudo, porque sobre la caverna donde gemís puso un formidable refuerzo de rocas, en cuya cima Eolo, vigilante, regula vuestras expansiones y jugueteos...

Pero en primavera debe concederos bastante libertad, porque hay que veros cómo corréis por esos altozanos de Rosales o esas anchuras de la Castellana en cuanto asoma el buen tiempo y se echan a la calle las mujeres, ya despojadas de sus pesadeces del invierno.

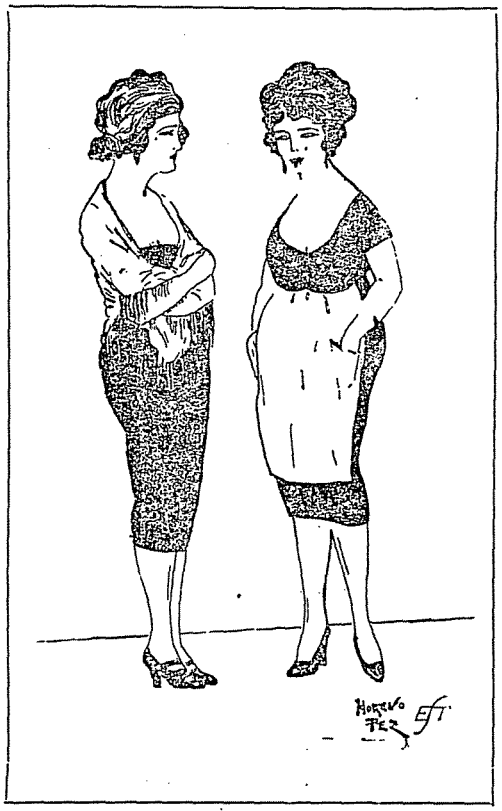
La blusita de céfiro o de seda y el airecillo primaveral son los amigos más amigos que pueden confabularse contra los hombres. Vosotros, hijos del cielo y de la tierra, tenéis todas las simpatías de ellos y todas las gratitudes de ellas. Una ráfaga de viento, un soplo de brisa, poniendo al descubierto el arranque de una pierna femenil, han hecho por el mundo y por la especie infinitamente más que los sabios y los elementos.

Soplando y resoplando en todo tiempo, cuando Eolo os deja en libertad, se advierte, empero, que la primavera os solivianta como a cada hijo de vecino ¡Oh, qué atolondramiento, qué travesura, qué borrachera de prisa y de malignidad la vuestra! Como satirillos desvergonzados os detenéis principalmente en la mujer, a la que ceñís, acosáis, aturdís y embellecéis de modo por nadie superado.

Como escultores, corregís magistralmente las picardías, no siempre felices del modisto, poniendo de relieve lo que la honestidad—modeladora bien mediocre y asustadiza—se empeña en recatar.

Azotando con gentil brío a las hermosas, dais a sus vestiduras gallardía de bandera que se ciñe, y las curvas que realzan su venustidad ganan un ciento por ciento, según diría un comerciante libidinoso.

En las playas, ¡oh hijos del cielo y de la tierra! así os llaméis céfiro, brisa, aura, dulce favonio, vientecillo o ventolina, origináis espectáculos encantadores. Allí, supremamente azul el cielo, juguetonas las olas, contentos los veraneantes, os complacéis en competir con el océano. Si él acoge a las bellas estremecido de alborozo, viejo Silvano de cuyo agitado misterio brotó Venus Afrodita, vosotros, vientos, gustáis de



—Estoy desconsolada, pues en los meses que no tienen «erre» no puedo tomar pichones ni tortilla.

Dibujo de MORENO PEZ.

cortejarlas insidiosos, salaces, cínicos e infatigables.

Cual manos invisibles, vuestro buen humor se recrea en levantar las faldas vaporosas, en dibujar siluetas inolvidables, en ahuecar corpiños y desrizar cabelleras... Sois mil contra una mujer, y la vencéis. Claro que vuestro triunfo es la mayor fortuna de la hermosa. Por mucho que ella finja azorarse, y aplicar una mano a esta morbidez y otra mano a aquella ondulación; por acongojados que parezcan sus afanes de cubrir y disimular y eludir las bellezas de sus formas, como sean bellezas de verdad, no hay para qué hacerla caso. Vosotros sois los que estáis en el secreto. Fémina, hundida en el vórtice de vuestras solicitudes, azotada, desmelenada, semidesnuda por los vientos, caería de rodillas, rebosante de gratitud. En aquellos instantes de confusión visual, nunca falta un respetable caballero, prismático en mano, que contemple la escena y admire en aquella mujer flagelada escultóricamente por los vientos un conjunto de seducciones capaz de inducirle a escribir la consabida cartita inflamada, «declarándose»...

¿Y no os canta nadie, vientos lascivos, vientos inteligentes?

Bien que se os injurie incluso en invierno, cuando convertidos en cierzos, huracanes, vendavales, zarzaganes y ábregos lleváis de desolación y de tristeza la ciudad y el campo...

Desapacibles como nunca, vuestro enojo no tiene disculpa. Sin duda lloráis por la ida del estío, cuya sonrisa os enloquece risueñamente. Pero al apuntar Abril, al desaparecer la última nube hosca, sois otros, como a los mismos hombres nos acaece.

Y en ráfagas, en rachitas, en remolinos, después del tanteo no siempre venturoso de Marzo, ya la primavera gradúa vuestra plétora, y dais comienzo a la era de lo que podríamos llamar el «Tenorismo» ambulante que os obsesiona, y sobreviene la seductora serie de los descubrimientos. Descubrimientos puramente paganos, sin asomo científico, por los que suspiramos miles de criaturas indoctas. Descubrimientos de piernas primorosas, de escotes asesinos, de antebrazos catastróficos...

Salud, hijos de los dioses. Eolo, vuestro guardián, tiene mucho talento al concederos amplia libertad en las urbes y las playas. Una temporada veraniega sin sus horas de brisa no se concibe. Vosotros, Vientos amigos, simpáticamente lascivos, tunantemente alborotadores, sois hacia la cuenca del Cantábrico, tan útiles e indispensables como el automóvil, la ruleta y el flirteo.

Una mujer sin fe—decía Balzac—es como una flor sin aroma. Añadamos nosotros: «Un verano sin una mujer bonita y sin un poco de aire todas las tardes, es un verano sin fruto, un verano en el desierto...

E. Ramirez Angel

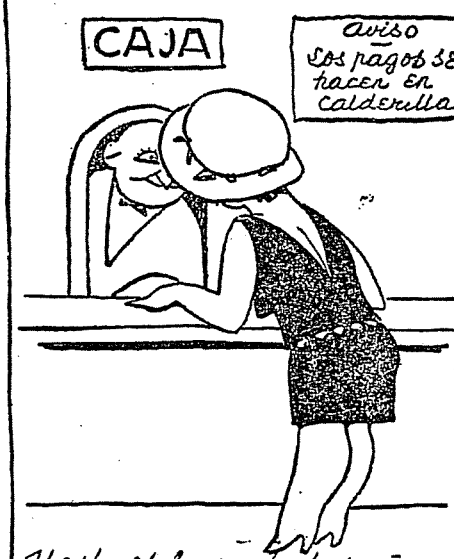
Coplas Galantes

de V. DIEZ DE TEJADA

ILUSTRADAS POR GARRIDO

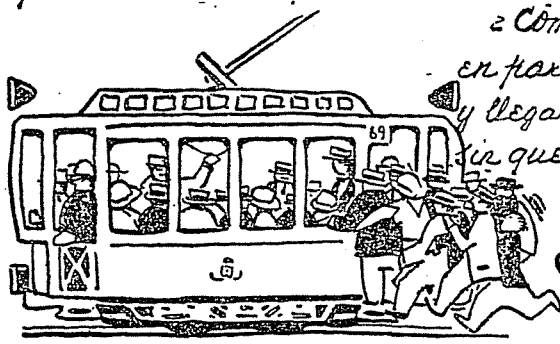


Tal logran ya dominar
los cacos, de Caco el arte,
que no es difícil robar
a cualquiera, en cualquier parte.
A pesar de los letreros
que se ven en los tranvías
"¡Cuidado con los rateros!"
se roba todos los días.
Y resultan ya ridículos
tales avisos; porque
en uno de esos vehículos
le dejan pelado a usté.

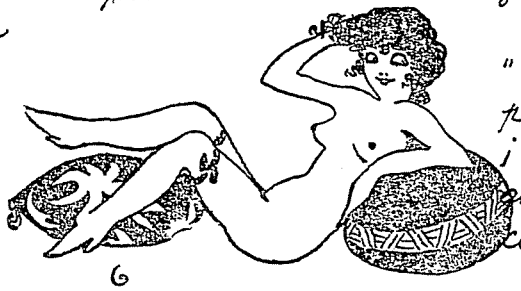


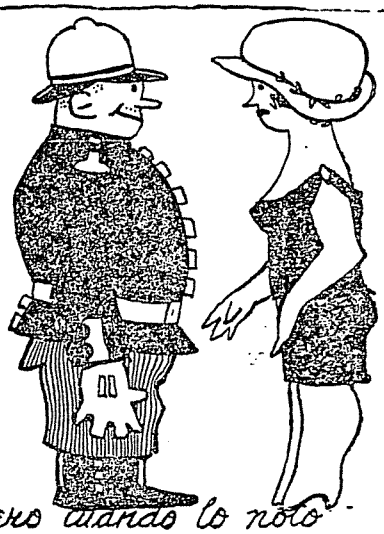
Y esto es la verdad, según
demuestra un caso reciente
que le ocurrió a Susa, en un
tranvía, precisamente.
Como a mí me hizo reir
de Susita la desgracia
os la voy a referir
pues no carece de gracia

Pocos días ha, cobró
una fuerte cantidad
que la muchacha escondió,
para más seguridad
de su vestido en el centro
por una estrecha abertura
muy adentro, muy adentro,
creyéndola allí segura.
Subió al tranvía, ligera,
- que iba lleno en tal momento -



y se fué a la delantera
en espera de un asiento.
La olió Caco, y en seguida
se dió tal maña y tal arte,
que halló la bolsa escondida
en tan escondida parte.
Marchóse con ella aprisa,
contento y alborozado,
sin que se enterase Susa
de que la habían robado.





Pero cuando lo notó
y dió parte a la justicia,
¡No sabéis la que se armó
al comentar la noticia!
"- Pero tú - le dijo el juez -
¿Estabas dormida o muerta?
¿Era la primera vez
que llamaban a esa puerta?
¿Cómo pudieron tocarte
en parte tan delicada
y llegar hasta esa parte
sin que tú sintieses nada?



Ya comprenderás que yo
juzgo ese cuento increíble."
Y Susa le contestó.
"- No, señor; no es imposible
pues sentirlo, lo sentí;
¡Pero no pude pensar
que viniera a hurgarme aquí
con intención de robar!"

AMOR SENIL, POR J. ORTIZ DE PINEDO

Es una patraña eso de que los viejos no pueden amar, que el amor es único y exclusivo patrimonio de la juventud y la madurez. Al menos, así lo proclaman muchos viejos que no se resignan a serlo, como Fausto, y que, persiguiendo una nueva juventud, a imitación del divino héroe al pactar con el diablo, los Faustos de ahora dijérase que acuden a las retortas del antiguo, para proveerse de elixires de lozanía, drogas más o menos científicas, pero siempre industriales.

El amor senil no es tan digno de lástima como aparece en los personajes de opereta, sainete y toda clase de literatura. Casi todos los viejos saben hacer un «pinito» amoroso, y muchos creen competir ventajosamente con la briosa y arrolladora mocedad. «Don Juan» se resiste a la vejez y echa mano de cuantas «martingalas» inventó la humana industria para prolongación de las dichosas horas.

Nosotros conocimos a uno de estos pintorescos ejemplares de existencia heroica, a uno de estos viejos que pasan todavía por jóvenes. Era un señor elegante, atildado, pulcro, rasurado cuidadosamente a la inglesa, con bisoñé impecable, soberbia dentadura postiza y unos colores en las mejillas (antes de la barrita de carmín) que daba gusto. Llamábase don Baltasar, y era algo poeta. Se conservaba soltero, pero, según él, habían pasado por su vida tantas bellas que renunciaba a enumerarlas, pues al cabo de la inacabable relación tendría que poner lo que en las revistas de salones: «y otras que sentimos no recordar.»

Cuando tropezábamos a don Baltasar en la calle, decíanos indefectiblemente:

—¡Siempre amando!

—Ya, ya sabemos, querido don Baltasar, que es usted un gran amador... en verso. Hace usted madrigales muy bonitos.

Don Baltasar protestaba.

—¡Qué versos ni qué ocho cuartos! Yo no amo en verso; yo amo en cuerpo y alma.

—Siempre fué usted hombre de mucho corazón.

—No se haga usted el desentendido He dicho en cuerpo y alma, no crea que en alma solo. El cuerpo, usted lo ve, se conserva admirablemente, joven, robusto, lleno de vida.

—Pues que sea enhorabuena. Pero, la verdad, nosotros creíamos... No es que dude de las palabras de usted, pero nosotros creíamos... Vamos, que usted ya no...

—¡Tá tá, tá! Ustedes los jóvenes creen muchas tonterías; se figuran ustedes que gozan de un privilegio. Y no hay tal privilegio. Yo puedo dar a muchos jóvenes lecciones de juventud, lecciones prácticas, sin trucos, trampa ni cartón.

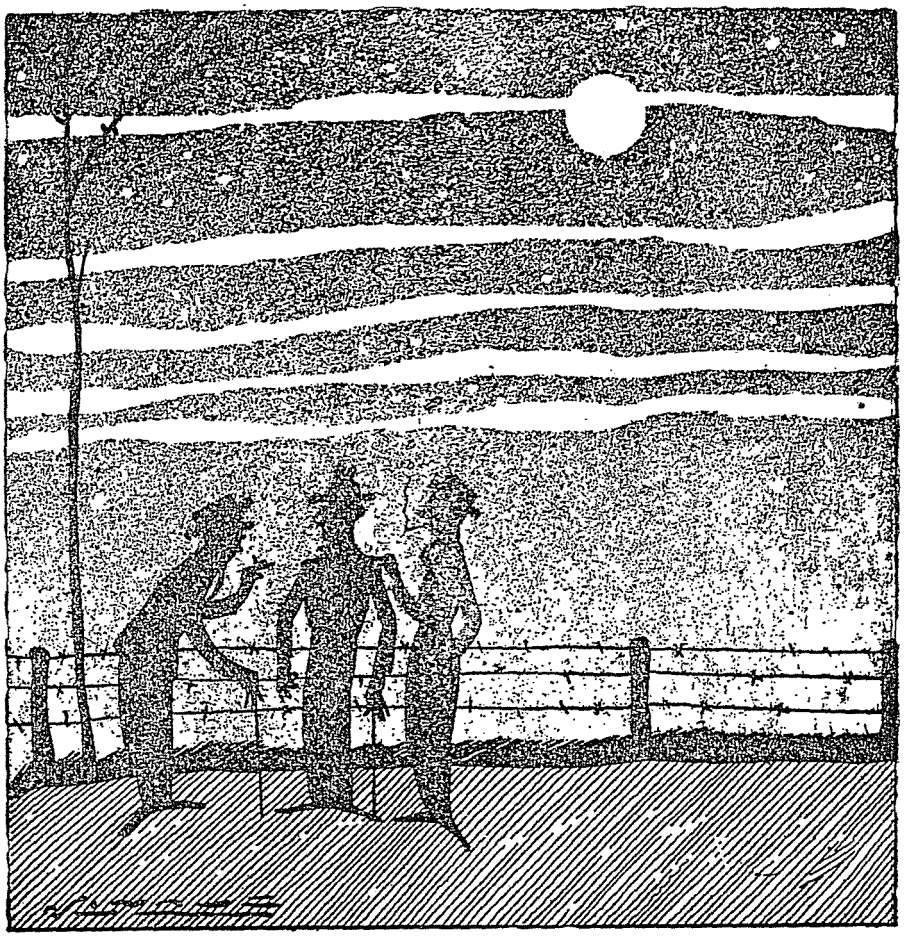
—No le extrañe a usted nuestro excepticismo, querido don Baltasar. Hay tantos viejos que hablan de que hacen esto y lo otro, y no hacen nada. Ya sabe usted lo que le ocurrió a cierta «estrella» con un general famoso. Siempre que la señorita iba a visitarle a su casa la recibía el criado con la misma frase: «El señor está en el baño.» Cansada al fin de tanta visita inútil, la bella visitante le dejó un día escrita una tarjeta diciéndole: «Querido general: Te recomiendo más reconstituyentes y menos hidroterapia.» Y es que, créalo usted, amigo don Baltasar, la mayor parte de los viejos se parecen a los niños en... que tienen cosas impropias de su edad.

Don Baltasar seguía protestando:

—¡Pues yo no! ¡Le digo a usted que yo no! Me pongo con el más guapo, acepto un desafío. Yo soy de los que en lances de amor, saben quedar como los buenos.

Esto decía don Baltasar, pero el pobre se hacía muchas ilusiones. Era un soñador, no solo en verso, sino en cuerpo y alma, según su frase. Era un iluso, según tuvimos ocasión de comprobar merced a la graciosa indiscreción de una amiguita suya. Cuando don Baltasar iba a visitarla abrazándola frenéticamente, se perdía en un mar de madrigales, frases ardientes y bonitas, el oro y el moro... pero no pasaba de ahí.

Y es que los viejos galanes son excesivamente inflamables... de imaginación. Planean los más atrevidos proyectos, las empresas más deliciosas, pero se atascan en seguida. Toda su fuerza está en la cabeza. No quieren convencerse con el poeta de que «la primavera y la carne se acaban también.» Creen que el placer es eterno tal vez porque debiera serlo. Con manos temblorosas, torpes, los viejos galanes, los que fueron ardientes amadores, se acercan a besar la carne de mármol de Venus inmortal.



—Chicos, todo el mundo criticó ayer a Ketti por tener una pierna encima de la otra.
—¿Y por eso?
—Sí, es que la otra era la de su novio.

Dibujo de LINAJE.

¿A QUÉ EDAD ES PARA EL AMOR MAS INTERESANTE LA MUJER?



Dibujo de GARRIDO.

FRANCISCO BLANCO

Cualquiera dotado de sensualismo, siempre le es apetecible la mujer; si las «vírgenes» existiesen serían el plato disputado, mas desgraciadamente no abundan.

Para mí son preferidas las de época otoñal, porque recogen en su cuerpo las enseñanzas y refinamientos de toda una vida de amor, cualidad de que carecen las «jovencitas», que fuera del «misterio» tan codiciado...

Un término medio, brutal, es el desarrollo completo de la flor... pero... no puede ser... eso de la «gallina vieja»... ¡me cautiva!

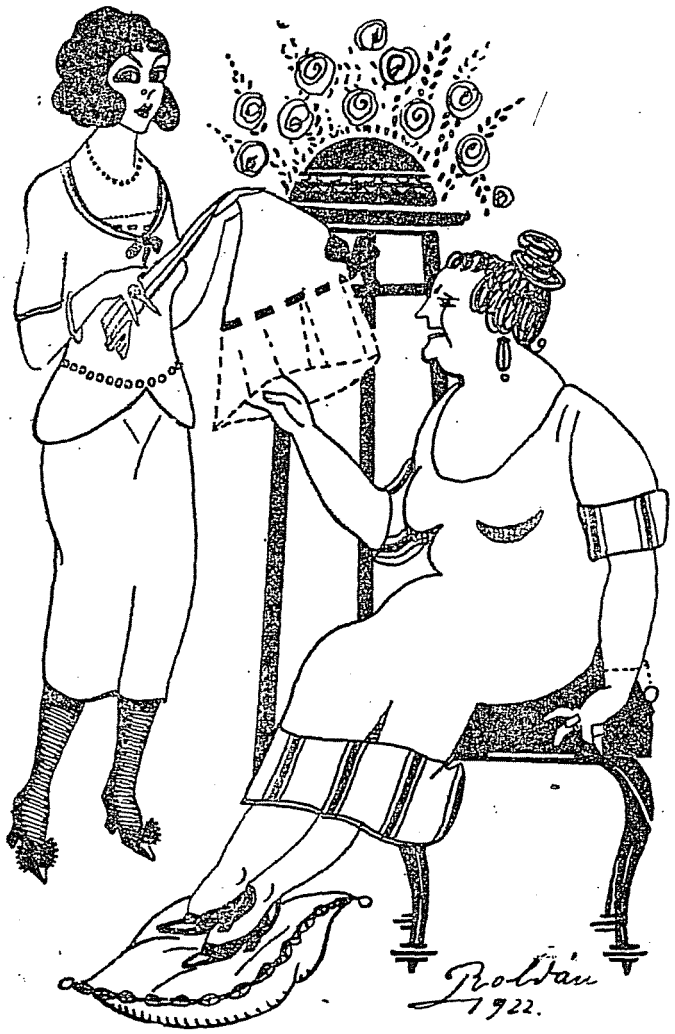
RODOLFO REGUERAS

La más interesante, no la más apetitosa. Apetitosa, puede serlo una mujer en todas las épocas de su vida (dentro de ciertos límites, desde luego); interesante, para hacer de ella un estudio psicológico, lo es más, a mi juicio, la hermosa mujer crepuscular que, presintiendo la marchitez de sus encantos, ama con mayor pasión, crea, inventa y ejecuta cuantas divinas locuras le sugiere su afán inmenso de agradar y la tan temida pérdida de su juventud. Claro es, que estas mujeres son también las más peligrosas, lo mismo en el orden moral que en el fisiológico; los que se acostumbren a sus caricias, rara vez pueden renunciar a ellas.



EL.—Yo no sé cómo te las arreglas, que nunca te quiero decir la verdad y siempre me la sacas.

Dibujo de GARRÁN.



—Mamá, cuando me diga «al fin solos»... ¿qué hago?
—Nada, hija mía; dejar hacer.

Dibujo de ROLDAN.

LA CONQUISTA DEL BAILE, POR PEDRO DE REPIDE

Pepito Verdejo iba por fin a realizar aquel empeño que tantas veces acarició su loca fantasía. Al cabo de mucho desearlo iría a un baile de máscaras, y llegó a poner punto a su empeño, después de preparar su aventura, como el caudillo que dispone una campaña.

Pepito Verdejo, que coincidía con Bonaparte y con todos los mortales en eso de creer que el dinero es necesario no sólo para la guerra, sino para todo en este bajo mundo, comenzó a formar su peculio de Carnestolendas. Como era natural en su sistema financiero, comenzó por no pagar el hospedaje del hostal, donde una respetable patrona dábale por precio no exagerado el cobijo y el sustento. La segunda de sus habilidades de hacendista consistió en enajenar por pacto de venta los libros de texto que debían servirle para las asignaturas de aquel curso.

Para resolver la cuestión del indumento, empezó desde antes de Navidad a hacerse agradable y servicial a un condiscípulo de buena familia y poseedor de un variado guardarropa. Cuando llegó la época oportuna, inició la petición meditada de tanto tiempo atrás. El condiscípulo, que tenía en Pepito su más fiel y útil amigo, no pudo por menos de acceder a la súplica, y Verdejo (oh, agasajo de la fortuna!) vestía por vez primera un frac.

Con la misma emoción que si fuese a examinarse, preparóse a ir al baile por fin.

Verdejo entró en el salón de baile asomando primero la cabeza con timidez infantil, como si temiera que le impidieran pasar y pensando, tal vez, en decir humildemente: —¿Se puede?

Así como a Goethe lo primero que se le ocurrió al llegar a la ciudad eterna, fué pensar en qué casa viviría la mujer que había de amar en Roma, así Pepe Verdejo pensó en qué lugar de aquel revuelto «maremágnum» se hallaría la dama a quien él debía amar aquella noche. La dama —¿y por qué no?— que acabaría amándole a él. Una aristócrata, una actriz célebre, una belleza culminante que sintiese deseos de aventura con el estudiante y terminara enamorándose ciertamente del doncel encantado.

Pero él no diría que era estudiante. ¿Para qué revelar aquella condición que amenguaría el efecto de su presencia magnífica y gallarda? ¿Acaso su tipo, realzado por aquel frac que le sentaba como si fuese suyo, no podía pasar por el de un distinguido y opulento don Juan? La duquesa esperada no tardaría en llegar, y llegar para la predestinada, era caer.

Elegante, esbelta, rutilando el fuego de sus grand

ojos negros bajo el sedeño antifaz, pasó ante él la hermosa presentida. Era ella. Aquella mirada insistente y repetida lo había revelado. Mimosa, la máscara lindísima acabó por hablarle. Luégo colgóse de su brazo, y Verdejo creyó firmemente que el tibio halago del brazo de una duquesa enamorada era más grato y suave que el del brazo de Lorenza, la fámula del hostal, tantas veces y con tan poca delicadeza pellizcada en una revuelta del pasillo.

—¿Por qué no nos vamos? —dijo la linda máscara—. Verdejo lo comprendió. Era el amor el que incitaba a su pareja a dejar el baile. Además, ¿quién sabe? el temor a un marido celoso que podía llegar de un momento a otro... Verdejo salió del baile con su dama.

—¿Dónde vives?—preguntóle ella.

—En la Castellana—contestó displicentemente Pepito—. Ahora verás. Es un hotel muy mono.

—¿Tomaremos un coche?

—Mira, la verdad. No he mandado venir el mío.

—Pero tomaremos un simón.

—Déjate de simones, mujer. No hay nada más antihigiénico que los coches de alquiler. Además, nos conviene respirar aire puro. Iremos a pie.

La bella desconocida hubo de resignarse. Llegaron a la Castellana. Allí Verdejo señaló como su vivienda el hotel que le pareció más conveniente. Y diciéndola que habían de entrar por una puertecilla trasera del jardín, obligó a su compañía a declinar por una calle misteriosa, y ante una puerta que tenía aspecto de no haberse abierto nunca. Llamó a ella con los nudillos y con cuidado de que no le oyesen desde dentro. Al cabo de un rato, volviéndose a su pareja, le dijo:

—Mi ayuda de cámara es un golfo que al ver que yo estaba de baile se habrá marchado a divertirse. Pero se me ocurre una idea. Podemos ir a un cuartito bohemio, donde vive un chico pintor que ahora está fuera y me ha dejado la llave de su casa.

La dama, que ya se estaba acabando de escamar, accedió por fin. Y tuvo la paciencia necesaria para ir hasta la calle de Pelayo y subir al cuarto del galán.

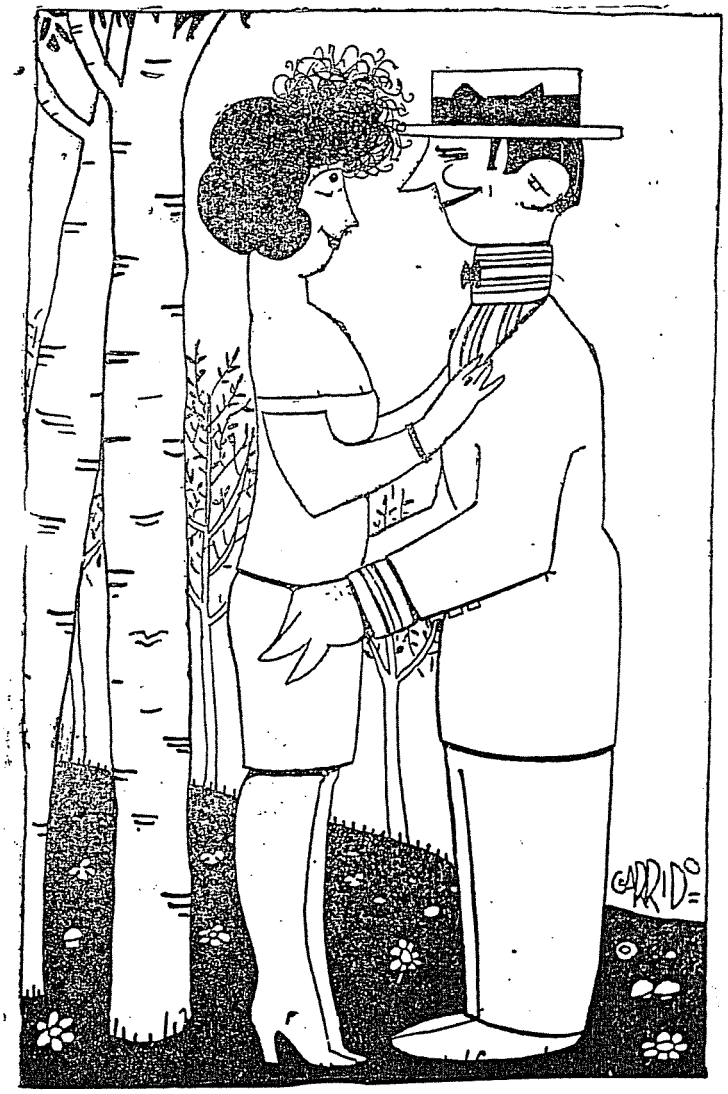
—¿No te parece que tiene mucho encanto esta escena? —decía él una vez en el aposento—. Tú eres una duquesa, yo lo sé. Y ¿para qué negártelo?, soy marqués. Mañana te diré mi título. Entretanto, vamos a amarnos como dos bohemios en este cuarto humilde.

La dama exhaló un profundo y prolongado suspiro de resignación.

. . . . . .

Cuando de mañanita temprano salía la dama del mechinal, dejando dormido al estudiante, detúvose ante la portería. Y sacando un duro de la escarcela que llevaba, hubo de entregárselo a la portera diciendo:

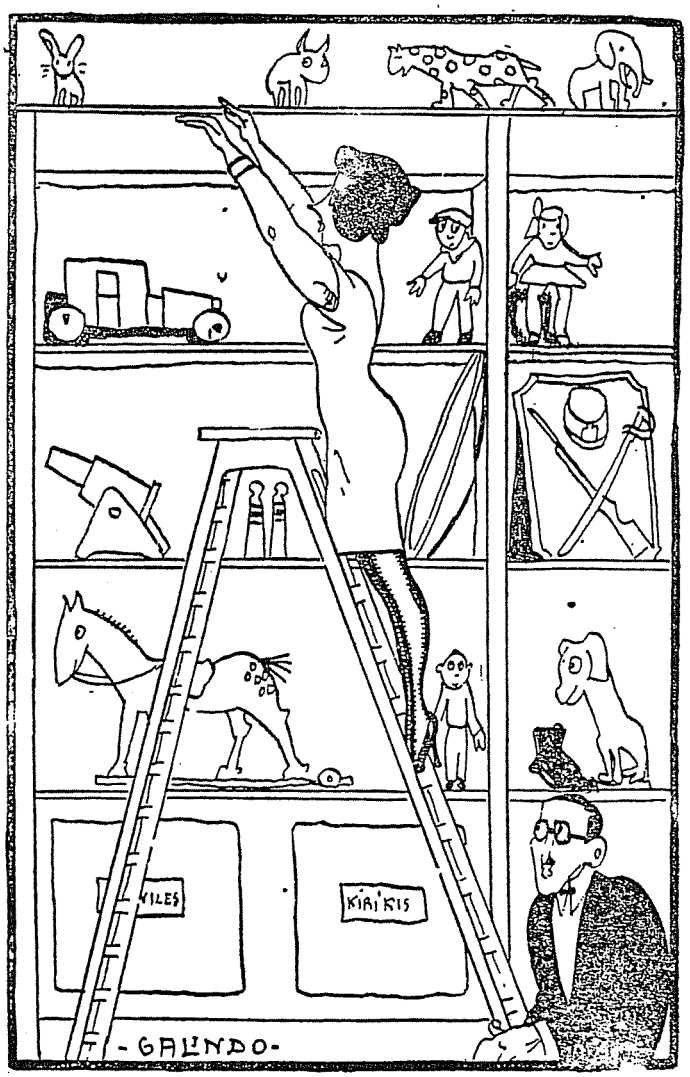
—Tome usted y haga el favor de entregárselo de mi parte a ese señorito escuchimizado que vive en el tercero. Y dígale usted que no se lo gaste en otra cosa, porque puede hacerle falta para ir por algo a la botica.



LOS DOMINGOS DEL PARQUE

—¡Chatina, cada día estoy más loco por ti!...
—¿Y qué quieres que yo te haga?
—Pues, ya sabes... lo del domingo pasado

Dibujo de GARRIDO.



EN LA TIENDA DE JUGUETES

ELLA.—¿Es por aquí por donde está el conejo?
EL.—¡Por ahí! ¡Por ahí!

Dibujo de GALINDO.


Rosina...
...en un dia de calor.
...y en un dia de lluvia
...en un dia de viento...
Reyes